
MARCEL LÉGAUT

**EL HOMBRE EN BUSCA
DE SU HUMANIDAD**

EL CUMPLIMIENTO HUMANO I

“Et homo factus est”

EDITA ASOCIACIÓN MARCEL LÉGAUT

Título del original francés:

L'homme à la recherche de son humanité

© Asociación Marcel Légaut, Junio 2001

Traducción: Antonio Pascual (1991)

Revisión: Domingo Melero (2001)

Edita y distribuye:

ASOCIACIÓN MARCEL LÉGAUT

C/ Canal de Isabel II, 9, 1º C

E - 28700 San Sebastián de los Reyes

Tel: +34 916 638 504

e-mail: magueda@tinet.org

Impresión: COPYCOM

C/ San Romualdo, 26

E - 28037 Madrid

Tel: +34 913 756 580

ISBN: 84-607-2342-9

Depósito Legal:

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
EL HOMBRE EN BUSCA DE SU HUMANIDAD [EL CUMPLIMIENTO HUMANO I]	
Introducción	9
I.	
1. La Fe en sí mismo	13
2. El amor humano	39
3. La paternidad	59
4. La intelección de la propia muerte	79
5. El hombre creador	107
II.	
6. Las dos opciones	139
7. La creencia ideológica	149
8. La Fe en Dios	173
9. La Fe y la creencia ideológica en Dios	203
10. Fe y Misión	225
III.	
11. Filiación y paternidad espirituales	249
12. Solidaridad sociológica y comunicación humana .	281
13. Espera y búsqueda en la vida espiritual	311

ÍNDICE de *[El Cumplimiento humano II]*. *Introducción a la inteligencia del pasado y porvenir del cristianismo*: Advertencia del autor. I. 1. Jesús de Nazaret 2. Los primeros discípulos 3. El cristianismo. 4. La fe en Jesús. 5. La universalidad de Jesús. II. 6. Dios y el Universo. 7. La oración. III. 1 Las religiones de autoridad y la religión de llamada. 2. La autoridad y la obediencia al servicio del cristianismo de llamada. 3. Hacer esto en memoria mía. 4. La llamada al apostolado. 5. La obra espiritual.

NOTA: Los apartados I. y II. se ha publicado en castellano como: *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*. El apartado III. como: *Creer en la iglesia del futuro*.



PRESENTACIÓN

La Introducción que Légaut colocó al comienzo de este libro –y que el lector encontrará a continuación– nos obliga a una presentación igualmente sobria y discreta del mismo; una presentación que permita hacer, a los lectores de ahora, una experiencia parecida a la de los que lo leímos hace años, en otras ediciones tanto en francés como en castellano. Respetaremos, pues, la voluntad del autor que dice, en su Introducción, haberse tomado “la licencia de adoptar la forma impersonal, sin duda por discreción, pero también porque los términos abstractos expresan –más puramente que los otros– lo universal, y dejan a cada uno la libertad de revestirlos con lo concreto que mejor se adapte a su propia experiencia y a lo que el futuro le depare”. El lector deberá, pues, concentrarse en leer a fondo el libro y en leerse, poco a poco, a sí mismo a través de él. Tal fue la voluntad de discreción y de abstracción de Légaut, hace treinta años, cuya intención queremos respetar... con sólo tres salvedades.

La primera es ofrecer al lector la breve información de las solapas, e indicarle que, si quiere saber más sobre Légaut y su obra, puede consultar las Presentaciones de otros libros suyos, editados por esta Asociación, como, por ejemplo, Trabajo de la fe, Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo e Interioridad y compromiso, cuyas referencias encontrará al final, junto con las de otras obras que también le podrán ser de utilidad.

Por otra parte, para complementar la Introducción de Légaut, quisiéramos citar otros dos párrafos suyos. La razón de hacerlo es que precisan muy bien cuál es la índole de este libro, qué es lo que va a encontrar el lector en él, y, en consecuencia, cómo es bueno acercarse a él. Légaut plantea, en ellos, la diferencia entre libros de doctrina (filosofía, teología, ética, psicología, etc.) y libros de itinerario; así como la que hay entre libros de espiritualidad y libros espirituales. Ambas diferencias ayudan a comprender, además, dos

premisas importantes de nuestro autor: que “lo esencial no es objeto de enseñanza” y que “la vida espiritual no es específicamente cristiana”. He aquí, pues, dichos párrafos:

Quiero empezar diciéndoos esto: *mi libro no es un libro de doctrina sino un libro de itinerario*. Me atrevería a decir que se trata de un tipo de libro raro y escaso. En general, en el tema religioso –aunque también en muchos otros temas–, encontramos muchos libros de doctrina, donde se dice el objetivo al que hay que llegar pero se deja solo al lector ante la tarea de hacerlo. Un libro de itinerario es muy distinto: es un libro que, en lugar de hablar del objetivo que hay que alcanzar, lo que pretende es indicar –al menos para quien lo escribe– el camino que él ha tomado para intentarlo. De manera que un libro de doctrina habla claramente del objetivo pero no dice, en absoluto, de forma precisa, cómo se llega a dicho objetivo –e incluso, a veces, olvida por completo mencionar esa cuestión. En cambio, un libro de itinerario procede completamente al revés: es un libro que no quiere hablar del objetivo pues éste depende, precisamente, del camino que se lleva. Según el itinerario que se haya seguido para alcanzar el objetivo, las palabras que se emplean para explicarlo tendrán su propio valor pues estarán cargadas con toda la experiencia del itinerario seguido; experiencia que habrá llevado, precisamente, a utilizarlas. (1)

Un libro espiritual, para mí, es un libro escrito por su autor no tanto para ser leído como, sobre todo, para ser escrito. El mejor lector de un libro espiritual es su propio autor. En la medida, precisamente, en que un libro está escrito por su autor para sí mismo, consigue mejor llegar a otros. *Hay una diferencia radical entre un libro espiritual y un libro de espiritualidad*. Sólo siendo uno mismo se puede ayudar a otros a que lo sean a su vez. Los libros de espiritualidad enriquecen a sus editores, como se ve por su abundancia: nunca hay penuria y más bien hay inflación en ese terreno. (...) Los libros espirituales, en cambio, son raros. Exigen de su autor mucho más que los libros de espiritualidad. No basta con ser un buen profesor. Hay que estar vivo y ser capaz,

(1) Ver: “El hilo conductor de mi obra” (1971), en *Cuadernos de la Diáspora*, 5, mayo 1996, pág. 34.

además, de expresar lo que se vive. Hay mucha gente que está viva pero que no es capaz de decir lo que vive porque hay algo especial en el hecho de la expresión. (...) A mitad de la vida, en la práctica, sólo se escriben libros de espiritualidad porque, en esa etapa, por el hecho mismo de estar en contacto con muchas cosas, se sabe demasiado, al margen de lo que se vive realmente por dentro. La decantación no se ha consumado todavía. Al final de la vida, por el contrario, se critica todo lo que se ha aprendido pero que ha quedado fuera; y se conciencia, en cambio, lo interior. (²)

Tras mucho frecuentar a Légaut, nos parece que estos dos párrafos y las diferencias que establecen son de lo más útiles tanto para abordar su lectura como para caracterizar lo suyo más peculiar.

Tan sólo quisiéramos añadir, para terminar, una última observación surgida al hilo de la traducción y de la revisión, así como de los comentarios de algunos lectores. Se trata de una observación de tipo léxico que, además de ser un caso concreto en el que se manifiesta la diferencia entre libro de itinerario y libro de doctrina, complementa las que –como se verá– hizo el propio Légaut al final de su Introducción.

Légaut, tal como reza el título mismo del libro, emplea el término “hom - bre”. Sin embargo, dicho nombre, a lo largo del texto, responde a una combinación variable de sus dos significados: el genérico, que contrapone “hombre” a “animal” o a “dios” –y cuya referencia designa potencialmente a cualquier hombre o mujer–, y el específico, que contrapone “hombre”, en tanto que varón, a “mujer”. En concreto, pese a que Légaut siempre habla del “hombre” con una extensión que abarca a hombres y mujeres, la significación específica de varón apunta, inevitablemente, en muchos momentos del texto.

Así sucede, sobre todo, en los tres primeros capítulos y en el último, y no tanto, en cambio, en los de enmedio. Por ejemplo, así sucede en el capítulo en que Légaut trata del “amor humano”: algo común al hombre y a la mujer pero que, en el texto, se desarrolla de una forma en que destaca la perspectiva del

(²) En: Thérèse de Scott, *Marcel Légaut, L'oeuvre spirituelle*, págs 130-131.

hombre en tanto que varón. Así sucede también en el capítulo sobre la paternidad. Siendo la paternidad un tema común a hombres y mujeres –igual que las dos características, de “autoridad” y de “llamada”, que Légaut distingue en ella–, el capítulo, sin embargo, al estar escrito desde la perspectiva de un padre, carece de desarrollos específicos que bien pudieran hacerse desde la perspectiva de la “maternidad” pero que Légaut no podía hacer –aunque sí, seguro, suscitar–, coherente con la característica de su texto de ser el testimonio de un itinerario y no la exposición de un saber general como el de un profesor, un sacerdote, un psicólogo o un pensador o intelectual.

Por último, también ocurre algo parecido cuando nuestro autor habla o bien de los “bienes humanos”, en el primer capítulo, o bien de la “presencia de la mujer y del hijo” en el capítulo final. Esta última expresión, como es obvio, está hecha desde la perspectiva del hombre –del esposo–, que, además, como padre, menciona al “hijo” –nótese– no sólo en masculino sino en singular (él, que tuvo seis hijos, y dos de ellos chicas).

¿Nos extrañaremos de que estos matices también apunten en otros desarrollos suyos de los capítulos intermedios como, por ejemplo, en los desarrollos sobre la “paternidad espiritual”? En estos casos –como en los anteriores–, el lector, hombre o mujer, casado o no, con hijos o sin ellos, etc., a poco que capte el sentido del texto, sabrá –como decíamos– recibir sin dificultad el “testimonio” de este libro que despierta y ayuda como pocos, de forma “universal”, a quienes sin embargo son bien distintos, precisamente por estar escrito desde lo “particular”, desde la “carencia de ser” y desde la “fé” de un autor que, más que un autor, es un hombre que intenta ir a fondo en su propia singularidad. Tal es nuestra experiencia. A ella os invitamos.

Los Editores